

## JUAN VALERA

« Valera — dice D. Manuel de la Revilla — es la solución viviente de las más imposibles antinomias. Es justamente artista y erudito, filósofo y literato, hombre de mundo y hombre de letras. En él parece renovarse la raza de aquellos distinguidos espíritus del Renacimiento que con igual facilidad descifraban un palimpsesto, comentaban un códice y derramaban torrentes de ingenio en amenísimos escritos. En él la erudición deja de ser la grufona y apergaminada vieja que todos conocemos, para trocarse en coqueta y elegante dama llena de gracias y de encantos. Ha resuelto el problema de ser erudito sin pecar de empalagoso, y sabe tratar las más áridas y enojosas cuestiones con tanto primor y gracejo como si escribiera una novela. Habla de filología, de literatura, de crítica, de todo, en suma, no en el tono pedantesco y altisonante lenguaje que es de moda en la literatura académica, sino en forma de la más chispeante y amena *causerie* que pudiera imaginar un hombre de mundo. Es capaz de causar deleite hablando de *La Crítica de la Razón Pura* y de entretener gratamente á una dama de la *hige life*, comentando los *Himnos Védicos* ó desarrollando las teorías de Fichte : es, en suma, la ciencia con corbata blanca y la erudición vestida de limpio. »

## EL PÁJARO VERDE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

### I.

Hubo, en época muy remota de ésta en que vivimos, un poderoso Rey, amado con extremo de sus vasallos y poseedor de un fertilísimo, dilatado y populoso reino, allá en las regiones de Oriente. Tenía este Rey inmensos tesoros y daba fiestas espléndidas. Asistían en su corte las más gentiles damas y los más discretos y valientes caballeros que entonces había en el mundo. Su ejército era numeroso y aguerrido. Sus naves recorrían como en triunfo el Océano. Los parques y jardines, donde solía cazar y holgarse, eran maravillosos por su grandeza y frondosidad y por la copia de alimañas y de aves que en ellos se alimentaban y vivían.

Pero ¿qué diremos de sus palacios y de lo que en sus palacios se encerraba, cuya magnificencia excede á toda ponderación? Allí muebles riquísimos, tronos de oro y de plata y vajillas de porcelana, que era entonces menos común que ahora; allí enanos, gigantes, bufones y otros monstruos para solaz y entre-

tenimiento de S. M.; allí cocineros y reposteros profundos y eminentes, que cuidaban de su alimento corporal, y allí no menos profundos y eminentes filósofos, poetas y jurisconsultos, que cuidaban de dar pasto á su espíritu, que concurrían á su consejo privado, que decidían las cuestiones más arduas de derecho, que aguzaban y ejercitaban el ingenio con charadas y logogrifos, y que cantaban las glorias de la dinastía en colosales epopeyas.

Los vasallos de este Rey le llamaban con razón *el Venturoso*. Todo iba de bien en mejor durante su reinado. Su vida había sido un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora Reina, persona muy cabal y hermosa á quien S. M. había querido con todo su corazón. Imagínate, lector, lo que la lloraría, y más habiendo sido él, por el mismo acendrado cariño que la tenía, causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel país, que ya llevaba el Rey siete años de matrimonio sin lograr sucesión, aunque vehementemente la deseaba, cuando ocurrieron unas guerras en país vecino. El Rey partió con sus tropas; pero antes se despidió de la señora Reina con mucho afecto. Ésta, dándole un abrazo, le dijo al oído: — No se lo digas á nadie para que no se rían si mis esperanzas no se logran, pero me parece que estoy en cinta.

La alegría del Rey con esta nueva no tuvo límites, y como todo le sale bien al que está alegre, él triunfó de sus enemigos en la guerra, mató por su

propia mano á tres ó cuatro reyes que le habían hecho no sabemos qué mala pasada, asoló ciudades, hizo cautivos, y volvió cargado de botín y de gloria á la hermosa capital de su monarquía.

Habían pasado en esto algunos meses; así es que, al atravesar el Rey con gran pompa la ciudad, entre las aclamaciones y el aplauso de la multitud y el repiqueteo de las campanas, la Reina estaba pariendo, y parió con felicidad y facilidad, á pesar del ruido y agitación y aunque era primeriza.

¡Qué gusto tan pasmoso no tendría S. M. cuando, al entrar en la real cámara, el comadrón mayor del reino le presentó á una hermosa Princesa que acababa de nacer! El Rey dió un beso á su hija, y se dirigió lleno de júbilo, de amor y de satisfacción, al cuarto de la señora Reina, que estaba en la cama tan colorada, tan fresca y tan benita como una rosa de mayo.

— ¡Esposa mía! — exclamó el Rey, y la estrechó entre sus brazos. Pero el Rey ora tan robusto y era tan viva la efusión de su ternura, que sin más ni menos ahogó sin querer á la Reina. Entonces fueron los gritos, la desesperación y el llamarse á sí propio animal, con otras elocuentes muestras de doloroso sentimiento. Mas no por esto resucitó la Reina, la cual, aunque muerta, estaba divina. Una sonrisa de inefable deleite se diría que aún vagaba sobre sus labios. Por ellos, sin duda, había volado el alma envuelta en un suspiro de amor, y orgullosa de haber sabido inspirar cariño bastante para producir aquel abrazo. ¡Qué mujer verdaderamente enamorada no envidiará la suerte de esta Reina!

El Rey probó el mucho cariño que le tenía, no sólo en vida de ella, sino después de su muerte. Hizo voto de viudez y de castidad perpetuas, y supo cumplirle. Mandó componer á los poetas una corona fúnebre, que aun dicen que se tiene en aquel reino como la más preciosa joya de la literatura nacional. La corte estuvo tres años de luto. Del mausoleo que se levantó á la Reina sólo fué posteriormente el de Caria un mezquino remedo.

Pero como, según dice el refrán, no hay mal que dure cien años, el Rey, al cabo de un par de ellos, sacudió la melancolía, y se creyó tan venturoso ó más venturoso que antes. La Reina se le aparecía en sueños, y le decía que estaba gozando de Dios, y la Princesita crecía y se desarrollaba que era un contento.

Al cumplir la Princesita los quince años, era, por su hermosura, entendimiento y buen trato, la admiración de cuantos la miraban y el asombro de cuantos la oían. El Rey la hizo jurar heredera del trono, y trató luego de casarla.

Más de quinientos correos de gabinete, caballeros en sendas cebras de posta, salieron á la vez de la capital del reino con despachos para otras tantas cortes, invitando á todos los Príncipes á que viniesen á pretender la mano de la Princesa, la cual había de escoger entre ellos al que más le gustase.

La fama de su portentosa hermosura había recorrido ya el mundo todo; de suerte que, apenas fueron llegando los correos á las diferentes cortes, no había Príncipe, por ruín y para poco que fuese, que no se

decidiera á ir á la capital del *Rey Venturoso*, á competir en justas, torneos y ejercicios de ingenio, por la mano de la Princesa. Cada cual pedía al Rey su padre, armas, caballos, su bendición y algún dinero, con lo cual, al frente de una brillante comitiva, se ponía en camino.

Era de ver cómo iban llegando á la corte de la Princesita todos estos altos señores. Eran de ver los saraos que había entonces en los palacios reales. Eran de admirar, por último, los enigmas que los Príncipes se proponían para mostrar la respectiva agudeza; los versos que escribían; las serenatas que daban; los combates del arco, del pugilato y de la lucha, y las carreras de carros y de caballos, en que procuraba cada cual salir vencedor de los otros y ganarse el amor de la pretendida novia.

Pero ésta, que á pesar de su modestia y discreción, estaba dotada, sin poderlo remediar, de una indole arisca, descontentadiza y desamorada, abrumaba á los Príncipes con su desdén, y de ninguno de ellos se le importaba un ardite. Sus discreciones le parecían frialdades, simplezas sus enigmas, arrogancia sus rendimientos y vanidad ó codicia de sus riquezas el amor que le mostraban. Apenas se dignaba mirar sus ejercicios caballerescos, ni oír sus serenatas, ni sonreír agradecida á sus versos de amor. Los magníficos regalos, que cada cual le había traído de su tierra, estaban arrinconados en un zaquizamí del regio alcázar.

La indiferencia de la Princesa era glacial para todos los pretendientes. Sólo uno, el hijo del Kan de Tar-

taria, había logrado salvarse de su indiferencia para incurrir en su odio. Este Príncipe adolecía de una fealdad sublime. Sus ojos eran oblicuos, las mejillas y la barba salientes, crespo y enmarañado el pelo, rechoncho y pequeño el cuerpo, aunque de titánica pujanza, y el genio intranquilo, mofador y orgulloso. Ni las personas más inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de ellas el Ministro de Negocios extranjeros del *Rey Venturoso*, cuya gravedad, entono y cortas luces, así como lo detestablemente que hablaba el *sánscrito*, lengua diplomática de entonces, se prestaban algo al escaño y á los chistes.

Así andaban las cosas, y las fiestas de la corte eran más brillantes cada día. Los Príncipes, sin embargo, se desesperaban de no ser queridos; el *Rey Venturoso* rabiaba al ver que su hija no acababa de decidirse, y ésta continuaba erre que erre en no hacer caso de ninguno, salvo del Príncipe tártaro, de quien sus pullas y declarado aborrecimiento vengaban con usura al famoso Ministro de su padre.

## II.

Aconteció, pues, que la Princesa, en una hermosa mañana de primavera, estaba en su tocador. La doncella favorita peinaba sus dorados, largos y suavísimos cabellos. Las puertas de un balcón, que daba al jardín, estaban abiertas para dejar entrar el venticillo fresco y con él el aroma de las flores.

Parecía la Princesa melancólica y pensativa y no dirigía ni una sola palabra á su sierva.

Esta tenía ya entre sus manos el cordón con que se disponía á enlazar la áurea crencha de su ama, cuando á deshora entró por el balcón un preciosísimo pájaro, cuyas plumas parecían de esmeralda, y cuya gracia en el vuelo dejó absortas á la señora y á su sirvienta. El pájaro, lanzándose rápidamente sobre ésta última, le arrebató de las manos el cordón, y volvió á salir volando de aquella estancia.

Todo fué tan instantáneo, que la Princesa apenas tuvo tiempo de ver al pájaro; pero su atrevimiento y su hermosura le causaron la más extraña impresión.

Pocos días después, la Princesa, para distraer sus melancolías, tejía una danza con sus doncellas, en presencia de los Príncipes. Estaban todos en los jardines y la miraban embelesados. De pronto sintió la Princesa que se le desataba una liga, y, suspendiendo el baile, se dirigió con disimulo á un bosquecillo cercano para atársela de nuevo. Descubierta tenía ya su S. A. la bien torneada pierna, había estirado ya la blanca media de seda y se preparaba á sujetarla con la liga que tenía en la mano, cuando oyó un ruido de alas, y vió venir hacia ella el pájaro verde, que le arrebató la liga en el ebúrneo pico y desapareció al punto. La Princesa dió un grito y cayó desmayada.

Acudieron los pretendientes y su padre. Ella volvió en sí, y lo primero que dijo fué: — ¡Que me busquen el pájaro verde... que me le traigan vivo...

que no le maten... yo quiero poseer vivo el pájaro verde!

Mas en balde le buscaron los Príncipes. En balde, á pesar de lo mandado por la Princesa de que no se pensase en matar el pájaro verde, se soltaron contra él neblies, sacres, gerifaltes y hasta águilas caudales, domesticadas y adiestradas en la cetrería. El pájaro verde no pareció ni vivo ni muerto.

El deseo no cumplido de poseerle atormentaba á la Princesa y acrecentaba su mal humor. Aquella noche no pudo dormir. Lo mejor que pensaba de los Príncipes era que no valían para nada.

Apenas vino el día, se alzó del lecho, y en ligeras ropas de levantar, sin corsé ni miriñaque, más hermosa é interesante en aquel *deshabillé*, pálida y ojiverosa, se dirigió con su doncella favorita á lo más frondoso del bosque que estaba á la espalda de palacio, y donde se alzaba el sepulcro de su madre. Allí se puso á llorar y á lamentar su suerte. — ¿De qué me sirven, decía, todas mis riquezas, si las desprecio; todos los Príncipes del mundo, si no los amo; de qué mi reino, si no te tengo á ti, madre mía, y de qué todos mis primores y joyas, si no poseo el hermoso pájaro verde?

Con esto, y como para consolarse algo, desenlazó el cordón de su vestido y sacó del pecho un rico guardapelo, donde guardaba un rizo de su madre, que se puso á besar. Mas apenas empezó á besarle, cuando acudió más rápido que nunca el pájaro verde, tocó con su ebúrneo pico los labios de la Princesa y arrebató el guardapelo, que durante tantos años

había reposado contra su corazón, y en tan oculto y deseado lugar había permanecido. El robador desapareció en seguida, remontando el vuelo y perdiéndose en las nubes.

Esta vez no se desmayó la Princesa; antes bien se paró muy colorada y dijo á la doncella: — Mirame, mirame los labios; ese pájaro insolente me los ha herido, porque me arden.

La doncella los miró y no notó picadura ninguna; pero indudablemente el pájaro había puesto en ellos algo de ponzoña, porque el traidor no volvió á aparecer en adelante, y la Princesa fué desmejorándose por grados, hasta caer enferma de mucho peligro. Una fiebre singular la consumía, y casi no hablaba sino para decir: — Que no le maten... que me le traigan vivo... yo quiero poseerle.

Los médicos estaban de acuerdo en que la única medicina para curar á la Princesa, era traerle vivo el pájaro verde. Más ¿dónde hallarle? Inútil fué que le buscasen los más hábiles cazadores. Inútil que se ofreciesen sumas enormes á quien le trajera.

El *Rey Venturoso* reunió un gran congreso de sabios á fin de que averiguasen, so pena de incurrir en su justa indignación, quién era y dónde vivía el pájaro verde, cuyo recuerdo atormentaba á su hija.

Cuarenta días y cuarenta noches estuvieron los sabios reunidos, sin cesar de meditar y disertar sino para dormir un poco y alimentarse. Pronunciaron muy doctos y elocuentes discursos, pero nada averiguaron. — Señor, dijeron al cabo todos ellos al Rey, postrándose humildemente á sus pies é hiriendo e

polvo con las respetables frentes, somos unos mentecatos; haz que nos ahorquen; nuestra ciencia es una mentira: ignoramos quién sea el pájaro verde, y sólo nos atrevemos á sospechar si será acaso el ave fénix del Arabia.

— Levantaos, contestó el Rey con notable magnanimidad, yo os perdono y os agradezco la indicación sobre el ave fénix. Sin tardanza saldrán siete de vosotros con ricos presentes para la Reina de Sabá, y con todos los recursos de que yo puedo disponer para cazar pájaros vivos. El fénix debe de tener su nido en el país sabeo, y de allí habéis de traérmele, si no queréis que mi cólera regia os castigue aunque tratéis de evitarla escondiéndoo en las entrañas de la tierra.

En efecto, salieron para el Arabia siete sabios de los más versados en lingüística, y entre ellos el Ministro de Negocios extranjeros, sobre lo cual tuvo mucho que reír el Príncipe tártaro.

Este Príncipe envió también cartas á su padre, que era el más famoso encantador de aquella edad, consultándole sobre el caso del pájaro verde.

La Princesa, en el interin, seguía muy mal de salud y lloraba tan abundantes lágrimas, que diariamente empapaba en ellas más de cincuenta pañuelos. Las lavanderas de palacio estaban con esto muy afanadas, y como entonces ni la persona más poderosa tenía tanta ropa blanca como ahora se usa, no hacían más que ir á lavar al río.

## III.

Una de estas levanderas, que era, valiéndonos de cierta expresión á la moda, una *pollita muy simpática*, volvía un día, al anochecer, de lavar en el río los lacrimosos pañuelos de la Princesa.

En medio del camino, y muy distante aún de las puertas de la ciudad, se sintió algo cansada y se sentó al pie de un árbol. Sacó del bolsillo una naranja, y ya iba á mondarla para comérsela, cuando se le escapó de las manos y empezó á rodar por aquella cuesta abajo con singular ligereza. La muchachuela corrió en pos de su naranja; pero mientras más corría, más la naranja se adelantaba, sin que jamás se parase y sin que ella llegase á alcanzarla en la carrera, si bien no la perdía de vista. Cansada de correr, y sospechando, aunque poco experimentada en las cosas del mundo, que aquella naranja tan corredora no era del todo natural, la pobre se detenía á veces y pensaba en desistir de su empeño; pero la naranja al punto se detenía también, como si ya hubiese cesado en su movimiento y convidase á su dueño á que de nuevo la cogiese. Llegaba ella á tocarla con la mano, y la naranja se le deslizaba otra vez y continuaba su camino.

Embelesada estaba la lavanderilla en tan inaudita persecución, cuando notó al fin que se hallaba en un bosque intrincado, y que la noche se le venía

encima, obscura como boca de lobo. Entonces tuvo miedo, y rompió en desconsoladísimo llanto. La obscuridad creció rápidamente, y ya no le permitió ni ver la naranja, ni orientarse, ni dar con el camino para volverse atrás.

Iba, pues, vagando á la ventura, afligidísima y muerta de hambre y cansancio, cuando columbró no muy lejos unas brillantes lucecitas. Imaginó ser las de la ciudad; dió gracias á Dios, y enderezó sus pasos hacia aquellas luces. Pero ¡cuán grande no sería su sorpresa al encontrarse, á poco trecho y sin salir del intrincado bosque, á las puertas de un suntuosísimo palacio, que parecía un ascua de oro por lo que brillaba, y en cuya comparación pasaría por una pobre choza el espléndido alcázar del *Rey Venturoso*!

No había guardia, ni portero, ni criados que impidiesen la entrada, y la chica, que no era corta, y que además sentía el estímulo de la curiosidad y el deseo de albergarse y de comer algo, traspasó los umbrales, subió por una ancha y lujosa escalera de bruñido jaspe, y empezó á discurrir por los más ricos y elegantes salones que imaginarse pueden, aunque siempre sin ver á nadie. Los salones estaban, sin embargo, profusamente iluminados por mil lámparas de oro, cuyo perfumado aceite difundía suavísima fragancia. Los primorosos objetos que en los salones había eran para espantar por su riqueza y exquisito gusto, no ya á la lavanderilla, que poco de esto había disfrutado, sino á la mismísima reina Victoria, que hubiera confesado la relativa infe-

rioridad de la industria inglesa, y hubiera dado patentes y medallas á los inventores y fabricantes de todos aquellos artículos.

La lavandera los admiró á su sabor, y admirándolos se fué poco á poco hacia un sitio de donde salía un rico olorcillo de viandas, muy succulento y delicioso. De esta suerte llegó a la cocina; pero ni jefe, ni sotacocineros, ni pinches, ni fregatrices había en ella: todo estaba desierto, como el resto del palacio. Ardian, no obstante, el fogón, el horno y las hornillas, y en ellos estaban al fuego infinito número de peroles, cacerolas y otras vasijas. Levantó nuestra aventurera la cubierta de una cacerola y vió en ella unas anguilas; levantó otra y vió una cabeza de jabalí desosada y rellena de pechugas de faisanes y de trufas; en resolución, vió los manjares más exquisitos que se presentan en las mesas de los reyes, emperadores y papas: y hasta vió algunos platos, al lado de los cuales los imperiales, papales y regios, serían tan groseros, como al lado de éstos un potaje de judías ó un gazpacho.

Animada la chica con lo que veía y olía, se armó de un cuchillo y de un trinchante, y se lanzó con resolución sobre la cabeza de jabalí. Mas apenas hubo llegado á ella, recibió en sus manos un golpe, dado al parecer por otra poderosa é invisible, y oyó una voz que le decía, tan de cerca que sintió la agitación del aire y aliento caliente y vivo de las palabras:

— ¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!  
Se dirigió entonces á unas truchas salmonadas,

creyéndolas manjar menos principesco y que le dejarían comer, pero la mano invisible vino de nuevo á castigar su atrevimiento, y la voz misteriosa á repetirle :

— ¡ Tate... que es para mi señor el Príncipe !

Tentó, por último, mejor fortuna en tercero, cuarto y quinto plato, pero siempre le aconteció lo propio : así tuvo con harta pena que resignarse á ayunar, y se salió despechada de la cocina.

Volvió luego á recorrer los salones, donde reinaba siempre la misma misteriosa soledad y donde el más profundo silencio parecía tener su morada, y llegó á una alcoba lindísima, en la cual sólo dos ó tres luces, encerradas y amortecidas en vasos de alabastro, derramaban una claridad indecisa y voluptuosa, que estaba convidando al reposo y al sueño. Había en esta alcoba una cama tan cómoda y mullida, que nuestra lavandera, que estaba cansadísima, no pudo resistir á la tentación de tenderse en ella y descansar. Iba á poner en ejecución su propósito, y ya se había sentado y se disponía á tenderse, cuando en la parte misma de su cuerpo con que acababa de tocar la cama, sintió una dolorosa picadura, como si con un alfiler de á ochavo la punzasen, y oyó de nuevo una voz que decía :

— ¡ Tate... que es para mi señor el Príncipe !

No hay que decir que la lavanderilla se asustó y afligió con esto, resignándose á no dormir, como á no comer se había resignado; y para distraer el hambre y el sueño, se puso á registrar cuantos objetos había en la alcoba, llevando su curio-

sidad hasta levantar las colgaduras y los tapices.

Detrás de uno de éstos descubrió nuestra heroína una primorosa puertecilla secreta de sándalo con embutidos de nácar. La empujó suavemente, y, cediendo la puerta, se encontró en una escalera de caracol, de mármol blanco. Por ella bajó sin detenerse á uno como invernáculo, donde crecían las plantas y las flores más aromáticas y extrañas, y en cuyo centro había una taza inmensa, hecha, al parecer, de un solo, limpio y diáfano topacio. Se levantaba del medio de la taza un surtidor tan gigantesco como el que hay ahora en la *Puerta del Sol*, pero con la diferencia de que el agua del de la *Puerta del Sol* es natural y ordinaria, y la de éste era agua de olor, y tenía además en sí misma todos los colores del iris y luz propia, lo cual, como ya calculará el lector, le daba un aspecto sumamente agradable. — Hasta el murmullo que hacía esta agua al caer tenía algo más musical y acordado que el que producen otras, y se diría que aquel surtidor cantaba alguna de las más enamoradas canciones de Mozart ó de Bellini.

Absorta estaba la lavandera mirando aquellas bellezas y gozando de aquella armonía, cuando oyó un grande estrépito y vió abrirse una ventana de cristales.

La lavandera se escondió precipitadamente detrás de una masa de verdura, á fin de no ser vista y poder ver á las personas ó seres, que sin duda se acercaban.

Éstos eran tres pájaros rarísimos y lindísimos,

uno de ellos todo verde, y brillante como una esmeralda. En él creyó ver la lavandera, con notable contento, al que era causa, según todo el mundo aseguraba, de la pertinaz dolencia de la *Princesa Venturosa*. Los otros dos pájaros no eran, ni con mucho, tan bellos; pero tampoco carecían de mérito singular. Los tres venían con muy ligero vuelo, y los tres se abatieron sobre la taza de topacio y se zambulleron en ella.

Á poco rato vió la lavandera que del seno diáfano del agua salían tres mancebos tan lindos, bien formados y blancos, que parecían estatuas peregrinas hechas por mano maestra, con mármol teñido de rosas. La chica, que en honor de la verdad se debe decir que jamás había visto hombres desnudos, y que de ver á su padre, á sus hermanos y á otros amigos, vestidos y mal vestidos, no podía deducir hasta dónde era capaz de elevarse la hermosura humana masculina, se figuró que miraba á tres genios inmortales ó á tres ángeles del cielo. Así es que, sin ruborizarse, los siguió mirando con bastante complacencia, como objetos santos y nada pecaminosos. Pero los tres salieron al punto del agua, y pronto se vistieron de elegantes ropas.

Uno de ellos, el más hermoso de los tres, llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas, y era acatado de los otros como señor soberano. Si desnudo le pareció á la lavanderilla un ángel ó un genio por la hermosura, ya vestido la deslumbró con su majestad, y le pareció el emperador del mundo y el príncipe más adorable de la tierra.

Aquellos señores se dirigieron en seguida al comedor y se sentaron en una espléndida mesa, donde había tres cubiertos preparados. Una música sumisa é invisible les hizo salva al llegar y les regaló los oídos mientras comían. Criados, invisibles también, iban trayendo los platos y sirviendo admirablemente la mesa. Todo esto lo veía y notaba la lavanderilla, que, sin ser vista ni oída, había seguido á aquellos señores, y estaba escondida en el comedor detrás de un cortinaje.

Desde allí pudo oír algo de la conversación, y comprender que el más hermoso de los mancebos era el Príncipe heredo del grande imperio de la China, y los otros dos, el uno secretario y el otro su escudero más querido; los cuales estaban encantados y transformados en pájaros durante todo el día, y sólo por la noche recobraban su sér natural, previo el baño de la fuente.

Notó asimismo, la curiosa lavandera, que el Príncipe de las esmeraldas apenas comía, aunque sus familiares le rogaban que comiese, y que se mostraba melancólico y arrobado, exhalando á veces de lo más hondo del hermosísimo pecho, un ardiente suspiro.

#### IV.

Refieren las crónicas que vamos extractando que, terminado ya aquel opíparo y poco alegre festín, el Príncipe de las esmeraldas, volviendo en sí como de algún sueño, alzó la voz y dijo :